

Hizole entrar en el hospital de San Luis.

Como el pobre podía moverse y andar todavía, rogó al director del hospital le cediera un cuartito que estaba sin uso, y se hizo traer un caballete, los palillos de modelar y barro. Durante los primeros quince días trabajó en la figura que destinaba á la tumba de Paquita. Era un gran ángel con las alas abiertas. Aquella figura, que era el retrato de Paquita, no quedó enteramente acabada, porque Jaime no podía subir la escalera, y pronto no pudo abandonar el lecho.

Un día cayó en sus manos el cuaderno del interno, y Jaime, al ver los remedios que le propinaban, comprendió que estaba perdido: escribió á su familia, é hizo llamar á la hermana Santa Genoveva, que le rodeaba de los más caritativos cuidados.

—Hermana mía—le dijo Jaime,—arriba, en el cuarto que usted hizo que me cedieran, hay una pequeña estatua de yeso; esa estatuíta, que representa un ángel, está destinada á una tumba, pero no tengo tiempo de ejecutarla en mármol. No obstante, tengo en mi casa un hermoso bloque de mármol blanco con venas rosa. En fin... hermana mía, yo le regalo mi estatuíta para ponerla en la capilla de la comunidad.

Jaime murió pocos días después. Como el entierro tuvo lugar el mismo día de la apertura del Salón, los *Bebedores de agua* dejaron de asistir.

—El arte ante todo,—dijo Lázaro.

La familia de Jaime no era rica, y el artista no tuvo sepultura en tierra propia.

Fué enterrado en cualquier parte.



XIX

LOS CAPRICHOS DE MUsETTE

Recordarán ustedes seguramente que el pintor Marcelo vendió al judío Médicis su famoso cuadro *El paso del Mar Rojo*, que acabó sirviendo de muestra á un comerciante en comestibles. Al día siguiente de aquella venta, que fué seguida por una famosa cena ofrecida por el judío á los bohemios como á complemento del contrato, Marcelo, Schaunard, Colline y Rodolfo se despertaron muy avanzada la mañana. Perturbados todavía por los vapores de la borrachera de la víspera, no se acordaron de momento de lo que había ocurrido; y cuando oyeron el toque de oración de mediodía

en una iglesia cercana, se miraron recíprocamente con una sonrisa melancólica.

—Oíd los toques piadosos de la campana que llama á la humanidad al refectorio—dijo Marcelo.

—Es verdad—afirmó Rodolfo,—es la hora solemne en que las personas honradas entran en el comedor.

—Así es que deberíamos procurar volvernos personas honradas—murmuró Colline, para quien todos los días era San Apetito.—¡Ay, quien tuviera las jarras de leche de mi nodriza! ¿Qué se han hecho las cuatro comidas de mi infancia?—repetía sobre un motivo melódico impregnado de tristeza dulce y soñadora.

—¡Y decir que en París hay en este momento más de cien mil chuletas en las parrillas!—exclamó Marcelo.

—¡Y otros tantos biftecks!—añadió Rodolfo.

Y como una irónica antítesis, mientras los cuatro amigos se proponían mutuamente el problema del cotidiano almuerzo, los mozos de un restaurant que había en la misma casa pedían á voz en grito los platos que les encargaban los consumidores.

—¡No se callarán nunca, esos bandidos!—decía Marcelo;—cada palabra suya me hace el efecto de un azadonazo que me vacíe el estómago.

—El viento es Norte—dijo gravemente Colline, señalando una veleta que daba vueltas en un tejado vecino;—hoy no nos desayunaremos, porque se oponen los elementos.

—¿Por qué?—preguntó Marcelo.

—Se trata de una observación atmosférica que he hecho—prosiguió el filósofo: el viento Norte significa casi siempre abstinencia, así como el viento Sur indica ordinariamente placer y buenos

alimentos. La filosofía llama á esto advertencias de lo alto.

Cuando Colline estaba en ayunas, tenía bromas feroces.

En aquel momento Schaunard, que acababa de hundir su mano en el abismo que le servía de bolsillo, la retiró lanzando un grito de angustia.

—¡Socorro! ¡Hay alguien en mi gabán!—gritó Schaunard forcejeando para arrancar su mano cogida entre las pinzas de una langosta viviente.

Al grito que dió éste respondió de pronto otro grito. Era Marcelo, que metiendo casualmente la mano en el bolsillo, acababa de descubrir una América en la que no pensaba ya: esto es, los ciento cincuenta francos que el judío Médicis le había dado la víspera en pago del *Paso del Mar Rojo*.

Entonces todos los bohemios recobraron la memoria.

—¡Saluden ustedes, señores!—dijo Marcelo, colocando sobre la mesa un montón de escudos, entre los que brillaban cinco ó seis luises nuevos.

—¡Parecen vivos!—exclamó Colline.

—¡Qué hermosa voz tienen!—dijo Schaunard haciendo cantar las monedas.

—¡Qué bonitas medallas!—añadió Rodolfo;—parecen fragmentos de sol. Si yo fuese rey, no querría otra moneda, y la haría acuñar con la efigie de mi amante.

—Pensar que hay un país en donde los guijarros son así—dijo Schaunard.—Antiguamente, los americanos daban cuatro por dos sueldos. Uno de mis antepasados estuvo en América, y fué enterrado en el estómago de los salvajes. Esto fué una desdicha para la familia.

—¡Oye, tú!—preguntó Marcelo fijándose en la

langosta que se había puesto á andar por el cuarto —¿de dónde viene esta bestia?

—Ahora recuerdo—dijo Schaunard,—que ayer me metí en la cocina de Médicis; es posible que este reptil se haya caído en mi bolsillo sin querer; estas bestias tienen la vista baja. Y puesto que la tengo—añadió,—deseo guardarla, la mantendré y la pintaré de encarnado; así tendrá más gracia. Estoy tan triste desde que se marchó Eufemia, que me hará compañía.

—Señores—gritó Colline,—fíjense ustedes, la veleta se ha vuelto hacia el Sur; ya almorzaremos.

—Ya lo creo,—dijo Marcelo tomando una moneda de oro.—Aquí tenemos una que vamos á hacer guisar en seguida, y con mucha salsa.

Luego se procedió extensa y gravemente á discutir la lista. Cada plato fué objeto de controversia y votado por mayoría. La tortilla soplada propuesta por Schaunard fué desechada sin discusión, como asimismo los vinos claros, contra los cuales Marcelo improvisó un discurso que puso de relieve sus conocimientos vinícolas.

—El primer deber del vino, es ser negro—afirmó el artista;—no me hablen ustedes de vinos claros.

—No obstante — objetó Schaunard, — ¿y el champaña?

—¡Valiente vino! ¡Un jarabe elegante! ¡Un licor epiléptico! Yo daría todas las bodegas de Epernay y de Aí por una pipa de Borgoña. Por otra parte, no debemos seducir á ninguna griseta, ni entregarnos á una orgía. Voto contra el champaña.

Una vez adoptado el programa, Schaunard y Colline bajaron al restaurant que había en la misma casa á encargar el almuerzo

—¿Si encendiéramos lumbre?—propuso Marcelo.

—Tienes razón—dijo Rodolfo,—no nos pondríamos en contradicción: el termómetro hace tiempo que nos invita á ello; encendamos lumbre. ¡Qué sorprendida se va á quedar la chimenea!

Y corrió á la escalera y encargó á Colline que mandara traer leña.

Pocos instantes después, Schaunard y Colline estaban de regreso, seguidos por un carbonero cargado con un pesado haz.

Mientras Marcelo revolvía un cajón para buscar papeles inútiles con que encender el fuego, cayó en sus manos por casualidad una carta cuya letra le hizo estremecer y se puso á leerla á hurtadillas de sus amigos.

Era un billete escrito con lápiz, que Musette le envió hacía tiempo, en ocasión en que vivía con Marcelo; la fecha de aquella carta correspondía justamente á un año atrás, día por día, y no contenía más que estas pocas palabras:

«Mi querido amigo:

»No estés inquieto por mí, vuelvo á casa en seguida. He salido á pasear un rato para calentar-me andando; en casa hace mucho frío y el carbonero ha muerto. He roto las dos últimas patas de la silla, pero no han ardido más tiempo que el que se necesita para cocer un huevo. Además, el viento entra por la ventana como por su casa, y me sopla un montón de malos consejos que no te gustarían mucho si yo los escuchara. Prefiero pasear un rato, contemplando los escaparates de las tiendas del barrio. Dicen que hay terciopelos á diez francos el metro. Parece increíble; hay que verlo. Volveré á la hora de comer.

»MUSETTE»

—¡Pobre muchacha!—murmuró Marcelo metiéndose la carta en el bolsillo... Y se quedó un instante pensativo, con la cabeza entre las manos. En aquella época, hacía ya bastante tiempo que los bohemios permanecían en estado de viudez, á excepción, sin embargo, de Colline, cuya amante continuaba siendo invisible y anónima.

La misma Eufemia, la simpática compañera de Schaunard, encontró un alma candorosa que le ofreció su corazón, un mueblaje de anacardo y una sortija de sus cabellos, unos cabellos bermejós. Sin embargo, quince días después de habérselos regalado, el amante de Eufemia quiso recobrar su corazón y su mueblaje, porque había notado, al mirar las manos de su amante, que llevaba una sortija de cabello, pero negro; y se atrevió á concebir sospechas de que le engañaba.

La verdad era que Eufemia no había dejado de ser virtuosa; pero como sus amigas se burlaron varias veces de su sortija de cabellos rojos, la había hecho *teñir* de negro. El fulano se quedó tan satisfecho, que compró un vestido de seda á Eufemia, el primero que poseía. El día que se lo puso, la pobre muchacha exclamó:

—Ahora ya puedo morir.

En cuanto á Musette, se había convertido otra vez en un personaje casi oficial, y hacía tres ó cuatro meses que Marcelo no la había visto. Y respecto á Mimí, Rodolfo no oyó hablar más de ella, excepto lo que se decía para su coleteo cuando se hallaba solo.

—¡Eh, tú!—gritó de pronto Rodolfo viendo á Marcelo que fantaseaba acurrucado frente á la chimenea—¿y este fuego, no prende?

—Ahora, ahora,—dijo el pintor encendiendo la leña que empezó á arder chisporroteando,

Mientras los cuatro amigos entretenían el apetito con los preparativos del almuerzo, Marcelo se aisló otra vez en un rincón, guardando, entre otros recuerdos que le había dejado Musette, la carta que acababa de encontrar por casualidad. De pronto, se acordó de la dirección de una mujer que era amiga íntima de su ex amante.

—¡Ah!—exclamó con voz suficientemente alta para ser oído,—ya sé donde encontrarla.

—¿Qué es lo que has de encontrar?—preguntó Rodolfo.—¿Qué haces ahí?—añadió viendo que el artista se disponía á escribir:

—Nada, una carta urgente que había olvidado. Soy con vosotros al instante—respondió Marcelo; y escribió:

«Mi querida amiga:

»Poseo algunos *fondos* en caja, una especie de »apoplegia fulminante de fortuna. Hay en casa »un espléndido almuerzo en preparación, vinos »generosos, y hemos encendido la estufa, amiga »mía, como unos grandes señores. Hay que verlo, »según dijiste una vez. Ven á pasar un momento »con nosotros, pues están conmigo Rodolfo, Colline y Schaunard; nos cantarás algunas canciones á los postres; porque hay postres. Mientras »haya con que, probablemente no nos levantaremos de la mesa en ocho días. No temas, pues, »llegar demasiado tarde. ¡Hace tanto tiempo que »no oigo tu risa! Rodolfo te dedicará algunos madrigales, y beberemos toda clase de vinos á la »salud de nuestros difuntos amores, libres de resuscitarlos si queremos. Entre personas como »nosotros... el último beso no es nunca el último. »¡Ah! si el año pasado no hubiera hecho tanto »frío, tal vez no me habrías abandonado. Me

»engañaste por un haz de leña, y porque temías
»que se te pusieran las manos encarnadas: has
»hecho bien, no te culpo esta vez más que las
»otras; pero ven á calentarte mientras dure el
»fuego.

»Recibe todos los besos que quieras de tu

»MARCELO.»

Cuando hubo acabado esta carta, escribió otra para la señora Sidonia, la amiga de Musette, suplicándola hiciera llegar á manos de ésta el billete que le dirigía. Después bajó á encargar al portero que fuese á llevar las dos cartas. Al darle la propina por adelantado, el portero divisó una moneda de oro que relucía en la mano del pintor; y antes de marcharse á cumplir el encargo, subió á avisar al propietario, con quien Marcelo estaba atrasado de alquileres.

—Señuritu—le dijo todo sofocado—¡el artista del *sextu* tiene dinero! ¿Se acuerda usted? Aquel alto que se ríe en mis barbas cada vez que le llevo el recibo.

—Sí—dijo el propietario,—aquel que tuvo la audacia de pedirme prestado dinero para darme una cantidad á cuenta. Está despedido.

—Sí, señorito. Pero hoy está cubierto de oro, hace un instante quedé deslumbrado. Da grandes fiestas... La ocasión es propicia...

—Es verdad—dijo el propietario,—subiré yo mismo en seguida.

La señora Sidonia, que estaba en casa cuando le llevaron la carta de Marcelo, remitió inmediatamente por su camarera el billete dirigido á la señorita Musette.

Esta vivía entonces en un piso muy elegante de la Calzada de Antin. En el momento de recibir la

carta de Marcelo, estaba acompañada y precisamente aquella misma tarde había recibido una invitación para asistir á un gran banquete de etiqueta.

—¡Qué milagro!—exclamó Musette riéndose como una loca.

—¿Qué es lo que pasa?—le preguntó un joven tieso como una estatuita.

—Una invitación para un banquete—dijo la joven.—¿Qué le parece á usted?

—Me parece muy mal—prorrumpió el joven.

—¿Por qué?—preguntó Musette.

—¡Cómo!... ¿Piensa acaso aceptar esa invitación?

—Vaya si lo pienso... Arréglese usted como pueda.

—Pero, amiga mía, ahora sería una inconveniencia... Ya irá usted otra vez.

—¡Hola, estaría bien! ¡otra vez! Un antiguo conocido, Marcelo, me invita á comer, y la cosa es tan extraordinaria, que bien merece la pena de ir á ver cómo ha sido eso. ¡Otra vez! ¡Pero no ve usted que en aquella casa los banquetes serios son tan raros como los eclipses!

—¡Cómo! Usted falta con nosotros á su palabra para ir á ver á esa persona—dijo el joven—¡y me lo dice usted á mi!

—¿Pues á quién quiere que se lo diga? ¿Al Gran Turco? No es cosa que le importe.

—Gasta usted una franqueza muy singular.

—Ya sabe usted perfectamente que no hago nada como las demás—replicó Musette.

—Pero ¿qué pensaría usted de mi si la dejara ir, sabiendo á dónde va? Piénselo usted, Musette; por mí, por usted, la cosa es inconveniente:

es necesario que se excuse usted con ese caballero...

—Querido señor Mauricio—dijo la señorita Musette con acento firme,—usted me conocía desde antes de tomarme; usted sabía que soy muy caprichosa, y que jamás alma viviente ha podido alabarse de haberme hecho retroceder de un solo capricho.

—Pídame usted lo que quiera...—dijo Mauricio—¡pero esto!... Hay caprichos... y caprichos...

—Mauricio, yo iré á casa de Marcelo: yo voy,—añadió poniéndose el sombrero.—Usted me dejará si quiere, pero no puedo resistir, es el muchacho mejor del mundo, y el único á quien he amado siempre. Si su corazón hubiese sido de oro, él lo hubiera fundido para regalarme sortijas. ¡Pobre muchacho!—dijo mostrando su carta.—¿Ve usted? Apenas tiene un poco de fuego me invita á calentarme. ¡Ah, si no fuese tan holgazán y no hubiese tantos terciopelos y sederías en los almacenes!!! Yo era muy dichosa con él; tenía el talento de hacerme sufrir, y á él debo mi nombre de Musette, á causa de mis canciones. Al menos, yendo á su casa, usted tiene la seguridad de que volveré... si no me da usted con la puerta en las narices.

—No podría usted expresar con más franqueza que no me ama—dijo el joven.

—Vamos, mi querido Mauricio, tiene usted sobrado talento para que nos entretengamos en discutir esto seriamente. Usted me tiene como se tiene un caballo en la cuadra; yo le amo á usted... porque amo el lujo, el ruido de las fiestas, todo lo que suena y todo lo que resplandece; no hagamos sentimentalismo, sería ridículo é inútil.

—Al menos, déjeme ir con usted.

—Ni usted se divertiría—opuso Musette,—ni nos dejaría divertir á nosotros. Reflexioné usted que, con toda seguridad, ese muchacho me besará.

—Musette—dijo Mauricio,—¿ha visto alguna vez personas tan acomodaticias como yo?

—Señor vizconde—replicó Musette,—un día que me paseaba en coche por los Campos Eliseos en compañía de lord***, encontré á Marcelo y su amigo Rodolfo que iban muy mal vestidos, sucios como perro de pastor y fumando su pipa. Hacía tres meses que no veía á Marcelo, y me pareció que se me saltaba el corazón por la portezuela. Hice detener el coche, y durante media hora estuve conversando con Marcelo delante todo París que pasaba por allí en carruaje. Marcelo me ofreció pastelillos de Nanterre y un ramo de violetas de un sueldo, que puse en mi cintura. Cuando se despidió, lord*** quería llamarle para invitarle á comer con nosotros. Le di un beso por la molestia. Y aquí tienè explicado mi carácter, mi querido señor Mauricio; si no le gusta, dígalo en seguida, y me llevo mis zapatillas y mi gorro de dormir.

—¡Alguna vez es una dicha el ser pobre!—exclamó el vizconde Mauricio con acento de envidiosa tristeza.

—¡Ah, no!—dijo Musette.—Si Marcelo hubiese sido rico, yo no le hubiera abandonado nunca.

—Vaya usted—dijo el joven estrechándole la mano.—Hoy se ha puesto el vestido nuevo—añadió,—que le sienta á maravilla.

—Es verdad, tiene usted razón—confirmó Musette;—tal vez lo he presentado esta mañana. Marcelo gozará de las primicias. ¡Adiós!—exclamó—me voy á comer un poco de pan bendito por la alegría.

Musette llevaba aquel día un espléndido vestido; jamás encuadración tan seductora había encerrado el poema de su juventud y de su belleza. Además, Musette poseía instintivamente el genio de la elegancia. Al venir al mundo la primera cosa que debió buscar con la mirada, fué un espejo para arreglarse los pañales; y antes de ir á las fuentes bautismales, había cometido ya el pecado de coquetería. En la época en que su posición era de las más humildes, cuando estaba reducida á las telas de indiana estampada, á las cofias con lazos y zapatos de piel de cabra, había logrado entusiasmar con aquel pobre y simple uniforme de las costurerillas. Esas lindas muchachas, medio abejas, medio cigarras, que trabajan cantando toda la semana, sólo pedían á Dios un rayo de sol los domingos, amaban con todo su corazón y á veces se echaban de una ventana. Raza desaparecida ya, gracias á la actual generación de jóvenes: generación corrompida y corruptora, pero más que todo vanidosa, tonta y brutal. Por el gusto de hacer malignas paradojas, se han burlado de esas pobres niñas por sus manos mutiladas por las santas cicatrices del trabajo, y ellas han acabado por no ganar lo suficiente con que comprarse pomada de almendras. Poco á poco han logrado inocularles su vanidad y su estupidez, y desde entonces ha desaparecido la griseta. Nació entonces la loreta. Casta híbrida, criaturas impertinentes, bellezas mediocres, mitad carne, mitad cosméticos, cuyo gabinete es un mostrador en el que venden pedazos de su corazón, como pudiera hacerse de tajadas de rosbif. La mayor parte de esas muchachas, que deshonoran el placer y son la vergüenza de la galantería moderna, no llegan á tener frecuentemente la inteligencia de las bestias con cuyas plu-

mas se adornan los sombreros. Si algunas veces, por casualidad, logran sentir, no precisamente amor, ni siquiera capricho, sino deseo vulgar, es á beneficio de algún insípido danzante que la absurda multitud rodea y aclama en los bailes públicos, y que los diarios, cortesanos de todos los entes ridículos, celebran con sus elogios. Aunque se vió obligada á vivir en ese mundo, Musette no adquirió ni sus costumbres ni su porte; no tenía el servilismo avaro, común á esas criaturas que no saben leer más que á Barême y no escriben más que números. Era una muchacha inteligente y espiritual, por cuyas venas corrían algunas gotas de sangre de Mansu; y rebelde á toda imposición, no pudo jamás resistir un capricho, fuesen las que fuesen las consecuencias.

Marcelo fué en realidad el único hombre á quien amó. Era por lo menos el único por quien había sufrido realmente, y fué menester toda la volubilidad de sus instintos que la impelían hacia «todo cuanto resplandece y todo cuanto suena», para que se separara de él. Tenía veinte años, y para ella el lujo era casi una cuestión de salud. Podía prescindir de éste por algún tiempo, pero no renunciar á él completamente. Conociendo su inconstancia, no quiso jamás poner en su corazón el cerrojo de un juramento de fidelidad. Fué amada ardientemente por muchos jóvenes para quienes había sentido también irresistible inclinación; y siempre procedía con ellos con una probidad previsible; las relaciones que aceptaba eran simples, francas y rústicas como las declaraciones de amor de los campesinos de Molière. Usted me quiere y yo le quiero á usted; choque, y hagamos la boda. Diez veces, si lo hubiera querido, Musette hubiera hallado una posición estable, lo que se llama un